

Los Libros

«LOS NIÑOS EXTRAÑOS», por *Luis Alberto Heiremans*

Fatalmente se producen en literatura dos caminos: uno popular, dirigido a las grandes mayorías y otro intelectual, reducido, el de «las selectas minorías», como gustó llamarlo Juan Ramón Jiménez. Ambos, para ser verdaderos y conmover a sus públicos, deben contener ese nudo ciego—mundo, humanidad, pensamiento, eternidad—que constituyen los grandes problemas.

Luis Alberto Heiremans con «Los niños extraños», su primer libro, se ha colocado en el segundo grupo, el de las minorías. Más que *colocarse* diremos que está en él. En este camino se muestra el brillo de la inteligencia, los finos matices de la sensibilidad, los juegos de sutilezas. Y Heiremans realiza todo esto naturalmente, sin falsos ademanes.

Ha elegido el cuento como forma literaria de expresión. Forma difícil, aunque muchos no lo reconozcan y de ahí ciertos resultados. Joaquín Gutiérrez, el autor de «Puerto Limón», libro que también se comenta en estos días, nos dió alguna vez una gráfica definición de novela y cuento. «Una novela es esto», dijo, mostrando una mano extendida, «y un cuento, esto otro», continuó cerrándola y mostrándola empuñada. Poco puede agregarse a lo expresado gráficamente por Joaquín Gutiérrez. Un cuento es, sin duda, algo cerrado, concluído definitivamente y es también una síntesis, un resumen de la psicología de los

personajes, un pequeño desarrollo de acontecimientos. Considerado el cuento de esta manera, los de Heiremans nos parecen bien contruídos, seguros. Destacamos como los mejores, «La pampa florecida», «Las sombras» y «La red». Hacemos un aparte con «El eslabón de luz», donde la excursión por una técnica distinta restó solidez a los personajes, dispersando, en cierto modo, la acción.

El estilo de Heiremans es claro y sencillo. Nos atreveríamos a insinuar que un orgullo bien entendido le evita caer en metáforas oscuras y rebuscamientos inútiles, que han llegado a constituir lugares comunes, tentadores siempre para escritores jóvenes. «Los niños extraños» se lee con facilidad. Con la misma facilidad penetramos a la poesía que su prosa contiene. Porque la poesía es ese aire, ese clima respirable, que nos acerca a las cosas sin tocarlas, que nos sumerge en lo maravilloso como en algo natural.

Hay imperfecciones gramaticales, sí; (recordamos haber leído en alguna parte que un estudioso hasta las encontró en El «Quijote») tales como algunos giros franceses: «...no te acerques del bosque ni de la playa» (pág. 75). «Cuántas veces te he dicho de no contestar» (pág. 160). También asonancias que quiebran el ritmo de la frase: «...cuando partieron del *puerto* y ahora el sol quemaba *recto*» (pág. 173). «Ni un arbusto cortaba su plana *monotonía*. Solo el cielo *caía*...» (pág. 173).

Hemos dicho que Heiremans es un autor intelectual, destinado a ser comprendido por las minorías. Nos queda, pues, por dilucidar el fondo o contenido de su obra. Aquí no se ha tratado de copiar la vida, de extraer sus relatos de experiencias personales o ajenas. Nada de eso y ya nos lo advierte bien Hernán del Solar, prologuista del libro. «En un cuento de Heiremans—nos dice—la realidad a que asistimos nunca sucedió, pero puede suceder o sucederá, sin que cambie por esto su condición de vida auténtica». Y más adelante agrega: «Imaginar es irse de la vida verdadera en busca de otra». Pensamos aquí lo difíciles y peligro-

sas que resultan estas evasiones. Por mucho que nos alejemos de la vida, de la realidad, será siempre de ella de quien tomemos nuestros elementos. Es fácil, por ejemplo, imaginar un árbol raro, de extraña forma, pero al hacerlo tenemos siempre como base un árbol: lo que la realidad nos ha brindado. No es que sea posible, entonces, evadirse de la realidad, lo más que podemos hacer es deformarla. Y las deformaciones ¿no pueden, acaso, resultar grotescas? Ahí está el peligro, la dificultad. Heiremans lo salva en «Los niños extraños». Sus relatos logran crear una atmósfera nueva, especial, que no asfixia y no es grotesca. ¿Pero será dable sostenerla en una próxima obra? El interrogante no se resuelve fácilmente.

Vivimos una época en que la literatura se ha dado a la tarea de dar al hombre un destino, en que un Camus llega casi al absurdo y un Sartre a la nada y Pablo Neruda clama por un mundo mejor y espera que los escritores de América combatan «las corrientes morbosas de la metafísica y la sensualidad». «Debemos dar a nuestras tierras americanas—dice—la fuerza, la alegría y la juventud que faltan. Y tenemos que limpiar el camino hasta dejarlo resplandeciente para que mañana otros hombres puedan caminar por él».

Mientras todo esto vive con nosotros ¿podrá Luis Alberto Heiremans desentenderse de ello y continuar en los juegos de fantasía y de evasión? Pensamos que no. Y es por eso que al admirar la inteligencia penetrante y la fina sensibilidad que acusa este primer libro nos regocija suponer que él sea la promesa de un escritor serio, maduro, con innegables calidades que este autor tiene la obligación de ser.

«Todos, en el fondo, somos prisioneros de unos y carceleros de otros. Hay una red en la cual, irremediablemente, se cae», dice Heiremans en su primer relato. Y concluimos nosotros, con sus propias palabras, deseando que la red en que él ha de caer lo afirme en los palpitantes problemas de nuestra época, devolviéndolo a una realidad más auténtica.—MARGARITA AGUIRRE.